

LA OBRA MAESTRA DEL ARTISTA DIVINO

Elizabeth A. Mitchell

DOMINGO, 18 DE ABRIL DE 2021

Dicen que Miguel Ángel vio las figuras que esculpió dentro de los toscos bloques de mármol. Su trabajo como escultor consistió en liberar la obra de arte de la piedra y dejar emerger la imagen. En correspondencia casi perfecta con el arquetipo en la mente de Miguel Ángel, su imagen de Nuestra Señora de la Piedad, triste, silenciosa y amorosamente abandonada a la Pasión de Nuestro Señor, irradia el poder de una obra maestra.

Y lo mismo ocurre con las imágenes vivas creadas por el Artista Divino.

El Señor ve dentro de cada uno de nosotros Su esperanza para el perfecto cumplimiento de todo lo que Él nos ha creado para ser. Para cada ser humano, hay un arquetipo divino dentro del corazón de Dios. Nos convertimos, en mayor o menor medida, en la persona a la que Él nos ha llamado a convertirnos, y cuando nos correspondemos más estrechamente con Su ideal perfecto para nuestras vidas, también nos convertimos en una obra maestra.

Y, sin embargo, hay una diferencia. Dios, el Artista Divino, no trabaja con material inanimado. No somos un bloque de mármol o un trozo de arcilla sin vida. Nuestro Señor nos ha infundido con Su Espíritu Santo y nos ha dado la libertad de corresponder, o no, a Sus trazos artísticos. El amoroso genio de nuestro Divino Artista es que trabaja con material vivo, que respira y de libre albedrío.

Santa Edith Stein aborda esta colaboración entre el Artista Divino y Su obra de arte viviente en su poema espiritual "Siempre estoy en medio de ti":

El artista eterno. . .no trabaja con material muerto;
De hecho, su mayor alegría creativa es
que bajo su mano la imagen se agita,
que la vida se derrama para encontrarlo.
La vida que él mismo ha puesto dentro de ella
Y que ahora le responde desde dentro
A golpes de cincel o caricias silenciosas con los dedos.
Por eso colaboramos con Dios en su obra de arte.

Golpes de cincel o golpe suave con los dedos. Conocemos los momentos en que el Maestro Artesano nos ha moldeado con Su martillo. Hemos sentido la naturaleza absoluta y discordante de los golpes. Cuántas veces nos desviamos para evitar Su objetivo preciso y perfecto. Y luego, las caricias de los dedos. El fino trabajo de detalle se suma imperceptiblemente con Su pincel más pequeño y suave.

El resultado de tal colaboración es el esplendor del alma humana atraída por la gracia a la belleza divina, imágenes vivas que declaran el Amor Divino al que han respondido, superando incluso la obra de arte material más impactante. Y todos sabemos cuándo nos hemos encontrado con una obra maestra de este tipo.

*Las imágenes vivas que encontré a lo largo de su conversión llamaron a St. Edith Stein para reflexionar sobre su origen. En Frankfurt, con la intención de visitar los museos y la catedral, Stein se encontró paralizada por una mujer que simplemente se arrodilló para rezar. "Paramos en la catedral por unos minutos; y, mientras mirábamos a nuestro

alrededor en respetuoso silencio, entró una mujer que llevaba una canasta y se arrodilló en uno de los bancos para orar brevemente. Esto era algo completamente nuevo para mí. . . . Nunca podría olvidar eso ”.

Esta mujer modesta nunca conocería el profundo impacto que su acto de fe diario tuvo sobre una gran mente filosófica, en busca de la verdad. No fue un argumento teológico lo que convenció a Stein de la personalidad de Cristo, sino la conversación que presencié entre un ama de casa y su Señor.



Como corresponde, la propia Stein se convierte en una imagen viva, en su disposición a sufrir el martirio en el campo de exterminio de Auschwitz. Durante sus últimas horas, Stein consoló a los niños cuyas madres estaban demasiado angustiadas para cuidarlos adecuadamente. En sus actos de amor y misericordia, de hecho, se decía que se parecía a “una Piedad viviente”, llevando en sus brazos a estos niños sufriendo en el lugar de Cristo, dando testimonio pleno de su fe en el Señor al que había abandonado su vida .

Nuestra Señora misma, tan profundamente unida al Espíritu Santo, vivió como la obra maestra de la Santísima Voluntad del Señor en cada momento de su vida. Su Corazón siempre fue uno con el Corazón Divino. Bajo su Inmaculado Corazón, el Divino Corazón tomó la carne de un corazón humano. Así, dondequiera que estuviera Nuestra Señora, allí se manifestó la perfecta voluntad del Señor para su vida. Su entrega fiel y creyente atrae nuestro corazón al Corazón de su Divino Hijo, disponiéndonos, a su vez, a abrazar, con total confianza, el mejor y más santo plan de Amor del Padre.

El poder de una obra maestra de este tipo exige una respuesta adecuada. No podemos detenernos en el cristal del museo, admirar la imagen y continuar nuestro camino. Debemos ser cambiados interiormente. “Apenas habrá un artista creyente”, señala Stein, “que no se haya sentido obligado a retratar a Cristo en la cruz o llevar la cruz. Pero el Crucificado exige al artista más que un mero retrato de la imagen. Exige que el artista, como cualquier otra persona, lo siga: que se haga a sí mismo y se deje convertir en imagen del que lleva la cruz y es crucificado ”.

Cuando recreamos dentro de nuestras propias vidas la verdad y la belleza que la imagen ha revelado, reflejamos de nuevo la espléndida majestad del magnífico arte de Nuestro Señor. Cristo mismo ha mostrado el camino. Ofreciéndose a los martillazos de la guardia romana en el Monte del Calvario, Su inmolación se convierte en nuestra Redención. La lanza del centurión le atraviesa el costado, del que brotan sangre y agua como signo de la purificación y vida de su Corazón glorioso y traspasado, siempre dispuesto a recibirnos.

A través de Él vemos el camino perfecto. Con Él, respondemos a Su llamado, adorando y alabando y correspondiendo a la gracia de Su Santa Cruz, la obra maestra del amor por la cual Él ha redimido al mundo.

* **Imagen:** *Piedad* de Michelangelo Buonarroti, 1498-1499 [St. Basílica de San Pedro, Ciudad del Vaticano]